

templaba la viva satisfacción de su mujer; los espectadores todos examinaban al doctor, y éste solo veía al presidente, el cual comenzó la lectura del documento que el testigo acababa de entregarle.

CAPITULO X.

La sustancia de la sombra.

«Yo, Alejandro Manette, doctor en medicina, natural de Beauvais y vecino de París, escribo estas líneas desde la triste prision que ocupó en la Bastilla, en Diciembre de 1767. Lo hago á ratos perdidos, y sólo venciendo grandes obstáculos puedo conseguirlo. A fuerza de trabajo he logrado mover una piedra de la pared interior de la chimenea, y detrás de ella pienso ocultar estas páginas. Tal vez las halle un día alguna mano caritativa, cuando yo no sea sino misero polvo y no quede de mis sufrimientos el más insignificante recuerdo.

»Estas palabras están trazadas con una punta de hierro mojada en sebo desleído en mi propia sangre; estos pobres elementos hacen que mi tarea sea sobradamente difícil.

»A últimos del mes de la fecha, hará diez años cumplidos que me hallo en esta prision. Síntomas bien terribles me hacen comprender que dentro de muy poco perderé la razón, pero juro que en la hora presente me hallo en la cabal posesion de todas mis facultades, que la memoria me es fiel, que mis recuerdos son exactos y que estoy pronto á responder en la presencia de Dios de la verdad de los sucesos que trato de apuntar. Estas líneas

son las últimas que trazará mi mano, y las escribo con arreglo á mi conciencia, hállense ó no destinadas á caer más tarde en manos de los hombres.

»En la noche del 22 de Diciembre de 1757 me hallaba paseando por el muelle, á una gran distancia de mi casa, situada en la calle de la Escuela de Medicina, cuando oí el ruido de un carruaje que corría rápidamente detrás de mí. Al echarme á un lado para dejarle expedito el camino, se asomó una persona á la ventanilla, mandó parar al cochero, y me llamó por mi nombre. Yo me dirigí hácia el carruaje, que los caballos habian arrastrado á una distancia bastante larga antes de que el cochero pudiera detenerlos, y ví que dos caballeros que acababan de apearse me esperaban al lado de la portezuela. Hallábanse envueltos en grandes capas como si tuviesen el propósito de ocultarse; yo ví, sin embargo, que tenían aproximadamente la misma edad que yo, tal vez eran algo más jóvenes; creí observar entre ambos una gran semejanza: eran de la misma estatura, tenían la misma voz y las mismas facciones.

—¿Sois el doctor Manette? me preguntó uno de los dos hermanos.

—Sí, señor.

—¿No habitábais en Beauvais, y gozais ya de una gran reputación á pesar de hallaros desde hace poco tiempo en París? dijo el otro.

—Yo soy efectivamente la persona de quien habláis de un modo tan lisongero, les contesté yo.

—Hemos estado en vuestra casa, y nos han dicho que probablemente os halláramos por aquí; os necesitamos con suma urgencia; doctor, tened la bondad de subir á nuestro carruaje.

»Estas últimas palabras fueron pronunciadas con imperioso tono; los dos hermanos se habian colocado de un modo á propósito para cortarme la retirada; además lle-

vaban armas, y yo me hallaba completamente desar-
mado.

—»Señores, les dije, dispensad; yo tengo la costumbre de preguntar quién me hace el honor de solicitar mis servicios, y qué clase de enfermedad es la que necesita mis cuidados.

—»Doctor, contestó uno de ellos, las personas que os llaman son gentes de elevada alcurnia. En cuanto á la enfermedad que exige vuestra presencia, cuando veais al enfermo, averiguará vuestra ciencia, mucho mejor que nosotros, todo cuanto os convenga saber. Pero ya hemos hablado lo bastante; tened la bondad de subir.

»No tuve más remedio que obedecer, y lo hice sin pronunciar una sola palabra. Los dos caballeros se sentaron á mi lado; volvió á cerrarse la portezuela, y los caballos partieron á todo galope. He referido este diálogo textualmente; no tengo la menor duda en que estas fueron las palabras que se cruzaron entre nosotros.

»La rayita que pongo á continuacion, significa que me he visto obligado á suspender mi narracion y á guardar mi papel en el escondite de la pared.»

«El carruaje continuó su rápida marcha y pronto nos hallamos fuera de París. Despues de recorrer por el campo unos tres cuartos de legua, abandonó la carretera, siguió por una calle de árboles y se detuvo ante la verja de un edificio aislado. Bajamos del coche, y atravesando un jardín inundado por una fuente que se desbordaba, llegamos á la casa. La puerta se abrió al primer campanillazo; uno de mis acompañantes cruzó con su guante de piel el rostro del criado que acababa de facilitarnos la entrada.

»No habia nada en esta accion que pudiera sorprenderme; yo habia visto siempre maltratar á la gente del

pueblo de un modo cruel; pero el otro individuo abofeteó al criado para desahogar sin duda su mal humor; y áun cuando lo hizo con la mano y no con el guante, fué su ademán tan semejante al del primero, que al observarlo, comprendí que aquellos dos hombres debian ser gemelos.

»Desde que nos aproximamos á la verja, que cerró cuidadosamente uno de los hermanos, oí exhalar algunos gritos que se escapaban de una habitacion situada en el piso principal; obligáronme á subir la escalera, introdujéronme en la referida habitacion, y ví, tendida sobre el lecho, una enferma atacada de la fiebre y con un fuerte delirio.

»Era una mujer jóven y hermosa que tendria apenas unos veinte años. Sus cabellos flotaban en completo desorden, y sus brazos se hallaban fuertemente sujetos á los lados con una cinta ancha de seda y varios pañuelos de bolsillo, pertenecientes sin duda alguna al guarda-ropa de un distinguido personaje: en el extremo de aquel vendaje, que era la banda de un traje de corte, figuraba un escudo nobiliario, sobre el cual se ostentaba una corona de marqués.

»Recuerdo perfectamente esta circunstancia; porque al acercarme al lecho, la infeliz, que se retorcia ante nuestros ojos en medio de horribles convulsiones, logró coger con los dientes el extremo de la cinta, y se hubiera ahogado si yo no se la hubiese arrancado violentamente de la boca; entonces fué cuando observé las armas y la inicial E.

»Despues de acostar á la enferma con sumo cuidado, coloqué la mano sobre su pecho para que no se moviese, y examiné su rostro. Tenia los ojos desmesuradamente abiertos y la mirada vagorosa; entre los desgarradores gritos que lanzaba, escuché estas palabras que pronunció con la mayor desesperacion: «¡Esposo mio, padre mio, hermano mio!» Luego se ponía á contar hasta el número

doce, articulaba la palabra ¡chist! y despues de un momento de silencio comenzaba á gritar nuevamente y repetía las mismas palabras por el mismo órden y con la misma entonacion, los mismos gritos y la misma mirada.

—¿Hace mucho tiempo que se halla en ese estado? pregunté yo.

»Uno de los dos hermanos á quien llamaré el mayor, porque parecia ejercer cierta autoridad sobre el otro, me contestó que hacia próximamente unas veinticuatro horas.

—¿Tiene marido, padre y hermano?

—Tiene un hermano.

—¿Puedo verle?

—No, respondió el mayor con cierto aire de desprecio.

—¿Y qué significa el número doce, que repite incesantemente?

—La hora que era entonces, dijo el más jóven con impaciente tono.

—Ahora comprendereis, señores, que hacia bien en preguntaros cuál era la enfermedad de que tenia que ocuparme; me halla desarmado en presencia de la enfermedad; si se hubiese sabido de lo que se trataba, hubiera traído los medicamentos necesarios. La cosa urge sobremanera y ¿cómo hallar en seguida un farmacéutico?

—Aquí tenemos medicinas, replicó el mayor dirigiendo una mirada á su hermano. Este último salió de la habitacion y trajo del gabinete inmediato una caja que colocó sobre la mesa.»

«Abrí algunos de los frascos, y despues de olerlos, aproximé el tapon á mis lábios. Todos aquellos frascos contenian sustancias narcóticas, es decir, venenosas, y eso era precisamente lo que yo necesitaba.

—¿No os inspiran confianza esos medicamentos? me preguntó el más jóven de los dos hermanos.

—Ya veis, caballero, que voy á hacer uso de ellos.

»Administré á la enferma, aunque con suma dificultad, la dosis que deseaba hacerle tomar. Como era necesario repetir las tomas y observar los efectos de la medicacion, tomé una silla y me senté al lado de la cama. La mujer del criado que nos habia abierto la puerta de la casa se hallaba en la habitacion, y habia permanecido en un rincon durante toda esta escena. El aposento que ocupábamos era húmedo y destartalado; los muebles eran sobradamente toscos; notábase desde luego que estaba habitado hacia poco tiempo, y nada mas que de un modo provisional; habíanse colocado delante de las ventanas unos viejos tapices, más bien para ahogar los gritos de la enferma que para preservarla del frio de la estacion.

»A pesar de la pocion calmante que yo habia empleado, el delirio de la jóven continuó con la misma intensidad, y siguieron los mismos gritos y las mismas palabras: «¡Esposo mio, padre mio, hermano mio!» seguidas de uno, dos, tres, hasta doce, y de la palabra ¡chist! para volver á empezar de nuevo al poco rato. Lo único que podia hacerme concebir alguna esperanza, era la influencia que el contacto de mi mano parecia ejercer en las facciones de aquella infeliz; pero nada pudo lograr que variasen ni disminuyesen sus gritos, reproducidos con la regularidad de un péndulo.

»Hacia media hora que me hallaba á su lado, y en compañía siempre de los dos hermanos, cuando el mayor, rompiendo el silencio que hasta entonces habíamos guardado, me dijo que habia otro enfermo en la casa.

—¿Enfermo de gravedad? pregunté yo sorprendido.

—Ahora lo vereis, me contestó cogiendo una luz.

»El otro enfermo se hallaba en una especie de sota-banco situado encima de una cuadra. Una capa de argamasa servia de techo á la tercera parte de aquel chirivi-

til, y á través de la parte restante se divisaba la armazon y el maderaje del tejado. En esta última parte, que tuve que recorrer para colocarme al lado del paciente, habia varios montones de heno y de paja, algunos haces de leña y una porcion de manzanas. Mi memoria ha conservado el recuerdo de estos insignificantes detalles, que despues de diez años de reclusion tengo tan presentes como la noche en que se ofrecieron á mi vista.

»En el suelo, sobre un poco de heno y una miserable almohada, yacía un pobre campesino, un muchacho que apenas tendria diez y siete años. Hallábase acostado boca arriba, tenia los dientes apretados, la mano derecha cerrada sobre el pecho, y sus enardecidos ojos miraban hácia el cielo. Yo me arrodillé á su lado, y sin saber en dónde se hallaba herido, comprendí que moria de una herida causada por un instrumento agudo.

—Yo soy médico, pobre muchacho; dejadme que os examine, le dije.

—No necesito que me examine nadie, respondió.

»La herida se hallaba en el sitio en que tenia puesta la mano, y pude conseguir que me la dejase reconocer. Era una estocada recibida hacia veinte ó veinticuatro horas y necesariamente mortal, áun cuando se hubiese cuidado en el acto. Yo dirigí una mirada al mayor de los dos hermanos, el cual veía morir á aquel hermoso adolescente como si se tratase de una liebre ú otro animal por el estilo.

—¿Qué es lo que ha ocurrido, caballero? le pregunté.

—«Ése es un canalla, un perdido, que ha obligado á mi hermano á defenderse de sus ataques, y ha recibido una estocada, lo mismo que si fuese una persona bien nacida.

»Dióme esta respuesta sin revelar en su acento el más leve dolor ni la más insignificante compasion. El individuo que acababa de hablar consideraba como una grave

contrariedad el que un hombre del pueblo hubiese recibido semejante género de muerte, en vez de extinguirse en un oscuro rincon, como era lo natural tratándose de una almaña como él. Dicho se está que era completamente incapaz de compadecerse en lo más mínimo de aquel jóven é infeliz labriego.

»El moribundo volvió lentamente la vista hácia aquel hombre, y luego fijó en mí sus expresivos ojos.

—¿Qué orgullosos son estos nobles! dijo; pero tambien nosotros, perdidos y canallas, lo somos algunas veces. Ellos nos saquean, nos ultrajan, nos maltratan y nos asesinan; pero nosotros conservamos nuestro orgullo. Doctor, ¿habeis visto á la pobrecita?

»Los gritos de la infeliz, aunque debilitados por la distancia, llegaban á nuestros oidos.

—«Sí, la he visto, le contesté.

—«Es mi hermana, añadió. Estos nobles tienen infames derechos de los cuales abusan hace mucho tiempo; pero nosotros tenemos en nuestras familias dignas y valientes muchachas; siempre ha sucedido lo mismo; yo se lo he oido referir á mi padre. Mi hermana era una de ellas. Iba á casarse con uno de los mejores mozos del pueblo, un alma de Dios, uno de los arrendadores de ese hombre; él y yo cultivábamos algunas de sus tierras; ese otro es su hermano, y el más perverso de todos los individuos de su infame raza.

»El moribundo articuló estas palabras con sumo trabajo; pero su alma hablaba con una espantosa energía.

—«Todos nosotros nos veíamos arruinados por ese hombre, como nos sucede siempre á todos los perdidos y canallas; todos nosotros éramos víctimas de las horribles cargas que nos imponia; todos nosotros nos veíamos obligados á trabajar para él sin salario ninguno; todos nosotros teníamos que moler su trigo en nuestros molinos y alimentar sus animales domésticos con el producto de

nuestras cosechas, sin poder criar ni un mísero pichón para nosotros; todos nos veíamos saqueados y apremiados hasta el extremo de que si disponíamos por casualidad de un trozo de carne, teníamos que comerlo á puerta cerrada para evitar que sus criados viniesen á quitárnoslo de la boca. En fin, todos nosotros éramos tan pobres, que mi padre nos decía que debia considerarse como un crimen el criar un hijo, y pedíamos á Dios algunas veces que exterminase prontamente nuestra raza.

»Yo estaba persuadido de que el pueblo odiaba la opresion de que era víctima; pero aquella era la primera vez que oia las encolerizadas quejas que presagiaban una próxima revolucion.

—»A pesar de todo eso, continuó el moribundo, se verificó el casamiento de mi hermana; su novio se hallaba enfermo, y la pobre se casó con objeto de cuidarle, instalándole en nuestra madriguera, como diria un noble. Hacia tres meses que se hallaba casada, cuando la vió el hermano de este hombre, hallóla de su gusto y rogó á ese otro que se la cediese—¡qué significa un marido tratándose de gentes como nosotros!—El amo consintió en ello; pero mi hermana era virtuosa y odiaba á ese hombre tan terriblemente como yo. ¿Qué hicieron entonces los dos hermanos para obligar al marido á que emplease su influencia, y hacer que su mujer accediese á los infames propósitos que ellos tenían fraguados?

»El herido fijó su mirada en el individuo á quien acusaba, y cuyo rostro me reveló la verdad del relato del moribundo. Aún creo estar viendo á los dos en el fondo de aquel desvan: el noble haciendo gala de un insolente desprecio; el infeliz aldeano ardiendo en sed de venganza y luchando con sus ya escasas fuerzas.

»Ya sabeis, prosiguió el campesino, que los nobles pueden, si quieren, uncirnos á una carreta y hacer que tiremos de ella, y obligarnos á pasar toda la noche sacu-

diendo el agua de sus estanques para impedir que las ranas turben su pacífico sueño. Estos hombres, con objeto de lograr someter al marido, le enviaron á la orilla de un estanque desde la noche hasta por la mañana, y desde la mañana hasta por la noche le uncieron á una carreta; ¡pero no, no legraron vencerle! Un día lo desuncieron de la carreta para que fuese á comer, suponiendo que tuviese algun pedazo de pan, sollozó doce veces al oír sonar en el reloj las doce del día, y murió en los brazos de su desdichada mujer.

»El deseo de dar á conocer los crímenes de sus enemigos era lo único que podia prolongar sus últimos momentos; apartó las sombras de la muerte que vagaban en torno suyo, y comprimió la herida con su mano derecha.

—»Entonces, contando con el permiso y el auxilio de este hombre, robó ese otro á mi hermana, á pesar de su enérgica resistencia; ese infame queria divertirse con ella durante algunos dias. La infeliz pasó por mi lado cuando yo me hallaba en la carretera; y cuando llevé la noticia á mi casa, el corazon de mi padre experimentó un terrible dolor. Conduje á mi otra hermana soltera á un sitio en que este hombre no pudiera descubrirla, y en donde por lo ménos no pudiese ser su amo. Luego, corriendo tras de su hermano, entré en esta casa: el infame, el canalla tenia un arma; debe de estar por ahí cerca; mirad al lado de la ventana.

»Sus ojos iban apagándose por momentos y la vida parecia abandonarle definitivamente. Miré alrededor del sitio en que nos hallábamos, y vi que el heno y la paja esparcidos por el suelo habian sido pisoteados.

—«Mi hermana me oyó y salió á mi encuentro; yo la dije que no se acercase hasta que él muriese á mis manos. Poco despues llegó él y arrojó á mis piés un bolsillo que yo no quise recoger. Amenazóme con un látigo; pero yo, á pesar de ser un canalla, le obligué á echar mano á

la espada. Que la rompa en tantos pedazos como quiera porque se ha teñido en mi sangre miserable, pero eso no impedirá que haya tenido que hacer uso de toda su habilidad para defender su vida.

»Yo vi entonces sobre el heno los pedazos de una espada y un sable antiguo bastante deteriorado.

—»Levantadme, doctor, levantadme; ¿en dónde está ese infame?

—»Acaba de salir, le contesté yo, suponiendo que aludía al raptor.

—»¡Ah! él es sumamente orgulloso, pero ha tenido miedo de un canalla. ¿En dónde está el otro? Ponedme frente á frente de él.

»Yo levanté la cabeza del moribundo y la apoyé contra mi rodilla; pero él, hallando en aquel momento supremo una fuerza sobrehumana, irguióse de un modo tan violento que me obligó á ponerme en pié para poder sostenerle.

—»Marqués, dijo extendiendo la mano derecha y clavando en el noble personaje su vidriosa mirada, yo te emplazo á tí y á todos los tuyos, hasta el último de tu raza, para que respondais ante los jueces de todo cuanto nos habeis hecho sufrir, el día en que se os pidan cuentas de todos estos crímenes. Yo emplazo á tu hermano, el hombre más perverso de tu maldita raza, para que responda de ellos separadamente, y estampo sobre él una sangrienta cruz que sirva para denunciarle á los vengadores.

»Mojó dos veces su mano en la sangre que se escapaba de su herida, y trazó una cruz en el aire. Luego, cayó desplomado; cuando le acosté, era ya cadáver.»

«Volví á hallar á la jóven con la misma fiebre y el mismo delirio, dando los mismos gritos y repitiendo,

siempre en el mismo orden, las palabras que pronunciaba cuando la ví por primera vez. Yo calculé desde luego que todo aquello lo terminaría la muerte al cabo de algunas horas.

»La administré una nueva toma del mismo medicamento y me senté otra vez á su lado, pero continuaba repitiendo en medio de unos gritos terribles: «¡Esposo mio, padre mio, hermano mio!» contaba hasta doce, decia: ¡*chist!* y recomenzaba incesantemente.

»Hacia ya treinta y seis horas que la tenia á mi cuidado; yo salí, volví, salí de nuevo, y me hallé otra vez á su lado, cuando su voz se alteró, sus gritos se debilitaron y sus palabras fueron haciéndose cada vez menos perceptibles; hice todo cuanto me fué posible para aumentar aquel principio de calma, y poco tiempo despues la enferma quedó sumida en un profundo letargo.

»Esto nos produjo el mismo efecto que cuando el viento y la lluvia se apaciguan repentinamente despues de una espantosa tormenta. Yo la desaté los brazos y llamé á la mujer que me ayudaba á cuidarla para colocarla en una posicion más cómoda y para arreglar un poco sus vestidos. Entonces ví que se hallaba en cinta, y perdí la poca esperanza que tenia de poder salvarla.

—»¿Ha muerto? preguntó el marqués, es decir, el mayor de los dos hermanos, apeándose del caballo y entrando en la habitacion con sus botas de montar.

—»No, contesté yo; pero probablemente no tardará en morir.

—»¡Qué resistencia tienen á veces estas gentes del pueblo! dijo contemplando con cierta curiosidad á la enferma.

—»Es que la desesperacion de una fuerza extraordinaria, repliqué yo . . .

»Estas palabras le hicieron sonreír en un principio, pero luego le produjeron una gran irritacion. Dió un pun-

tapié á una silla que se hallaba al lado de la mia, mandó á la criada que saliese de la habitacion, y dijo en voz baja:

—Yo habia observado que mi hermano no sabia que hacer con estos rústicos, y le aconsejé que os llamase. Vuestra reputacion empieza á hacerse ahora, sois todavía jóven, tenéis que ir pensando en hacer vuestra fortuna, y supongo que sabreis comprender vuestros intereses: es preciso que no habléis con nadie de este mundo de lo que habeis visto aqui.

»Yo escuchaba la respiracion de la enferma y no contesté nada á las palabras que el marqués acababa de dirigirme.

—Doctor, ¿quereis hacerme el honor de escucharme?

—Caballero, repliqué yo; el médico considera como una cosa sagrada todo cuanto se refiere á los enfermos, y sabe guardar en los asuntos que les atañen una discrecion ilimitada.

»De este modo evitaba yo contestar con mayor franqueza: porque profundamente turbado por lo que acababa de ver y de oír, comprendí que me era necesario obrar con mucha reserva.

»La respiracion de la enferma se percibia con tanta dificultad, que preocupado solamente en hallar el pulso y los latidos del corazon, yo no oia nada de lo que pasaba en la alcoba. La vida no se hallaba completamente extinguida, pero estaba á punto de desaparecer. Volví á ocupar mi silla, y al mirar en torno mio vi á los dos hermanos que me examinaban detenidamente.

»La memoria sigue siéndome fiel, y me seria sumamente fácil estampar aqui hasta las más insignificantes palabras que cambié con ellos. Pero me cuesta tanto trabajo escribir, hace un frio tan horrible, tengo tanto miedo de que me sorprendan escribiendo estas lineas y me encierren en un calabozo completamente privado de luz, que me veo obligado á abreviar esta narracion.

»La infeliz enferma luchó entre la vida y la muerte ocho dias más. Próxima ya á espirar, ví que movia los labios, acerqué el oido y comprendí algunas de sus palabras. Me preguntó en dónde se hallaba y quién era yo; satisfice sus preguntas; pero en vano traté de que me dijera su nombre: contestóme siempre con un gesto negativo, y lo mismo que su hermano, llevó á la tumba su secreto.

»Hasta aquel momento no me habia sido posible interrogarla. Uno ú otro de los dos hermanos se hallaba siempre á la cabecera del lecho, y no permitia que yo sostuviese con ella el más insignificante diálogo; únicamente á última hora parecieron no preocuparse de lo que ella pudiera decirme, como si yo hubiese debido morir al mismo tiempo que su víctima; recuerdo que esta idea cruzó por mi mente en más de una ocasion.

»Yo habia observado varias veces lo mucho que sufría su orgullo al recordar aquella lucha con un campesino, con un sér despreciable y apenas llegado á la pubertad. Aquello tenia para la familia de los dos hermanos algo de degradante y de ridiculo que ofendia dolorosamente su amor propio; por lo demás, la muerte de aquel jóven, la de su padre y la de su hermana, no les preocupaba absolutamente nada. La mirada del que se habia visto obligado á batirse se fijaba en mí con mucha frecuencia, y yo leia en ella el odio profundo que él me profesaba desde la revelacion que el infeliz muchacho me habia hecho. El hermano mayor me consideraba tambien como un obstáculo, y era indudable que no podia soportar mi presencia.

La pobre enferma murió á las diez de la noche; hacia ocho dias justos que yo me hallaba á su lado. Estaba solo á la cabecera de su lecho, cuando su hermosa cabeza se inclinó poco á poco sobre su hombro, y todas sus penas terminaron con su último aliento.

»Los dos hermanos aguardaban con impaciencia, en el piso bajo, el momento de poderse poner en camino.

—»¿Se ha muerto ya? dijo el mayor al penetrar en la habitación.

—»Sí, contesté yo.

»Dióme un paquete de monedas de oro, que coloqué encima de la mesa; yo habia rechazado el día anterior la cantidad que me habia ofrecido, y me hallaba resuelto á no aceptar nada de él.

—»Dispensadme, le dije; en circunstancias como esta no me es posible recibir ninguna recompensa.

»Los dos hermanos cambiaron entre sí una mirada, los saludé, contestaron á mi saludo, y nos separamos sin hablar una sola palabra.»

«Me hallo cansado, rendido y agobiado por un sin fin de penas y de sufrimientos. No me es posible leer nada de lo que mi temblorosa mano ha escrito.

»Al día siguiente por la mañana temprano, el roilo de monedas de oro fué depositado en mi casa en una cajita que llevaba escrito mi nombre y mi domicilio. Yo habia meditado durante toda la noche qué era lo que debia hacer; hallábame decidido á escribir al ministro y á informarle confidencialmente acerca de los dos casos de muerte cuyos pormenores acabo de referir. Yo conocia perfectamente la influencia de los cortesanos y las inmunidades de que gozaban los nobles, y presumia que mi carta no daria ningun resultado; pero yo consideraba este asunto como un caso de conciencia. Habia guardado la más profunda reserva acerca de estos tristes sucesos, y hasta mi propia mujer los ignoraba; así se lo manifesté al ministro, á fin de que constase que nadie debia quedar comprometido en aquel enojoso asunto, que yo solo conocia.

»Era el último día del año; apenas acababa de escri-

bir mi carta, cuando me dijeron que una señora preguntaba por mí y deseaba hablarme.»

«Mi debilidad aumenta por momentos, y cada vez me es más difícil continuar la tarea que me he impuesto. ¡Tengo tanto frio! Mis miembros se hallan completamente ateridos, hace un tiempo sombrío y mi cabeza comienza á trastornarse.

»Aquella señora, que era jóven, hermosa y simpática, iba vestida de riguroso luto. Parecia hallarse sumamente conmovida y manifestó ser la esposa del marqués de Saint Evremont. Este era el título dado por el moribundo á uno de los dos personajes; yo recordé la inicial que ví bordada en la banda de seda, y deduje que el marido de aquella señora era uno de los raptores de la difunta.

»Recuerdo todo cuanto ella y yo hablamos, pero no puedo reproducir nuestro diálogo. Me hallo mucho más vigilado que antes, y sigo sospechando que me espian.

»Aquella señora habia descubierto casi todos los pormenores de tan dolorosa historia; sabia la parte que su marido habia tomado en aquellos sucesos; pero ignoraba que la jóven habia fallecido, y venia á buscarme creyendo ser útil á esta última y poder darle alguna prueba de su compasion; la buena señora trataba por todos los medios posibles de apartar la cólera celeste de una familia odiosa á un gran número de desdichados.

»La marquesa tenia muchos motivos para suponer que la difunta tenia una hermana más jóven, y deseaba de todas veras ser el amparo de aquella pobre niña. Yo sabia tambien que efectivamente existia aquella jóven, porque su mismo hermano me lo habia dicho, pero nunca he sabido su nombre ni el lugar en que habitaba.»

«Ya me queda muy poco papel; ayer me quitaron una tira y me amenazaron con llevarme á otro calabozo. Es preciso que hoy mismo quede terminada mi tarea.

»La marquesa era una mujer buena y sensible, y su casamiento, como necesariamente tenia que suceder, la habia hecho desgraciada. Su cuñado la detestaba y la ofendia por todos los medios imaginables. La pobre señora temia tanto á aquel hombre como á su marido. Yo la llevé de la mano hasta su carruaje, y ví dentro de él un hermoso niño de unos dos ó tres años.

—»Doctor, me dijo con los ojos inundados de lágrimas, yo hago por el cariño que profeso á este inocente, todo cuanto me es posible para reparar las perversas acciones de los demás. ¡Qué carga debe ser para él semejante herencia! Si no son expiadas todas estas faltas, creo que él será responsable de ellas algun dia. Yo le dejaré todo cuanto me pertenece legítimamente, que es bien poca cosa si se exceptúan mis alhajas, con la expresa condicion de que lo entregue á los individuos que queden de esa desdichada familia; yo le recomendaré que busque á la hermana de esa pobre mujer y la diga que yo me he interesado por ella y la he compadecido con toda mi alma.

»La marquesa abrazó al niño.

»¿Tú lo harás así, Carlos, no es verdad? dijo haciéndole mil caricias; ¿serás fiel á tu palabra?

—Sí, replicó con entusiasmo el chiquitín.

»Yo besé la mano de aquella señora, á quien no debia volver á ver.

»Cerré la carta tal y como la habia escrito, y no queriendo confiarla á manos extrañas, la llevé en seguida yo mismo á su destino.

»A cosa de las nueve de la noche llamó á la puerta de mi casa un hombre vestido de negro, preguntó por mí, y siguió á Ernesto Defarge, que era un muchacho que yo tenia en clase de criado. Al entrar éste en el salon en que

yo me hallaba con mi mujer—¡ay querida de mi alma! tan bella y tan cariñosa!—vimos á aquel hombre, que en vez de aguardar en el recibimiento, habia llegado hasta nosotros en compañía de Defarge, sin que este último lo notase.

»Dijome que era preciso que fuese á la calle de Saint-Honoré, en donde me necesitaban para un caso muy grave; que tenia un carruaje á la puerta, y que dentro de muy poco podria hallarme de vuelta.

»Aquel carruaje debia conducirme aquí, á mi tumba. Tan pronto como me hallé en la calle, me taparon fuertemente la boca con una venda, y al mismo tiempo me ataron los brazos á la espalda. Los dos hermanos salieron entonces de un oscuro rincón, cruzaron la calle y establecieron mi identidad por medio de una seña. El marqués sacó de su bolsillo la carta que yo habia dirigido al ministro, la quemó en la llama de la bujía de una linterna que llevaba en la mano, y pisoteó las cenizas con el tacón de su zapato. El carruaje se puso en marcha y me sepultaron vivo en esta tumba.

»Si Dios les hubiese inspirado la idea de hacer que llegasen á mi algunas noticias de mi mujer, si siquiera me hubiesen hecho saber que mi esposa vivia ó habia muerto, yo hubiera creido que el Señor no los habia abandonado completamente. Pero la cruz sangrienta con que han sido marcados les es fatal; Dios no quiere que continúen participando de su misericordia, y yo, Alejandro Manette, en esta última noche del décimo año de mi agonía, los denunció y denunció tambien hasta el último individuo de su raza; los denunció á las futuras generaciones, ante las cuales tendrán que responder de todos sus crímenes; los denunció á Dios y á los hombres.»

Oyóse de todos los puntos de la sala un espantoso y confuso rumor en que sólo se distinguía el ruido de voces que pedían sangre y venganza. El documento que acababa de leerse había exaltado hasta el delirio el deseo de venganza que dominaba en aquella época, y no había nadie en Francia cuya cabeza no hubiese caído bajo el peso de semejante acusación.

Era inútil, ante un tribunal como aquel, preguntar por qué no habían unido los Defarge aquel documento á todos los que habían sido hallados en la Bastilla, y por qué lo habían guardado para publicarlo cuando tuviesen por conveniente. Era inútil demostrar que el nombre de aquella familia se hallaba apuntado hacia ya largo tiempo en los archivos de la calcetera, y designado á la venganza del barrio de San Antonio. No podía haber virtud ni méritos suficientes para atenuar siquiera las terribles consecuencias de semejante denuncia.

La circunstancia más funesta para el acusado era que el denunciador era un conocido ciudadano, amigo suyo y padre de su mujer. El populacho, en sus locas aspiraciones, trataba de imitar las virtudes un tanto dudosas de los republicanos de la antigüedad, y quería que todo el mundo sacrificase en aras de la patria las personas más queridas. Por eso el presidente dijo (pues de otro modo hubiera corrido grave riesgo su cabeza,) que el doctor Manette merecía los plácemes de la nación por haber contribuido á extirpar del territorio de la República una familia de aristócratas, y que sin duda experimentaría una inmensa satisfacción al dejar viuda á su hija y huérfana á su nieta, con la muerte de un odioso enemigo del pueblo; por eso sus palaoras no hicieron más que armentar el ímpetu salvaje del entusiasmo patriótico, y no despertaron en lo más mínimo ningún sentimiento humanitario.

—Ese doctor tiene una gran influencia, murmuró ma-

dame Defarge dirigiendo una sonrisa á su vecina; ¡salvadle, doctor, salvadle!

El primer individuo del jurado emitió su voto; un ruido de alegría acogió su afirmativa respuesta. Continuaron votando los demás jurados y continuaron sin interrupción los mismos ruidos.

Declarado culpable por unanimidad, aristócrata de corazón y de nacimiento, enemigo de la República y opresor del pueblo; condenado á muerte; vuelto á encerrar en la Conserjería; guillotinado en el término de veinticuatro horas.

CAPITULO XI.

Ultima esperanza.

La desgraciada mujer del sentenciado vaciló al escuchar aquel terrible fallo, como si hubiese sido mortalmente herida; pero no exhaló ni una sola queja, y la voz interior que la aconsejaba que sostuviese á su marido en aquella última prueba, ejerció en ella tal imperio, que volvió á levantar inmediatamente la cabeza para consolarle con una expresiva mirada.

Los jueces del tribunal, que tenían que asistir á una manifestación patriótica, dejaron para el día siguiente las causas que aún quedaban por juzgar, y la multitud se dispersó en medio de la mayor algazara.

Lucía, que había continuado enfrente del banco de los acusados, tendió sus brazos al sentenciado y fijó en él sus amorosos ojos.

—¡Ah! si yo pudiese acercarme á él y abrazarle por